no pelean como en tiempo de Palikao, armados con dragones de cartón. Los boers sorprendieron á sus invasores, apuntándoles con los cañones de tiro rápido que he visto en el pabellón de Schneider. No hay nación, cualquiera que sea el enigma de su porvenir, que no trate de perfeccionar su ejército y marina. Ya que cuestan tanto esos dos organismos, que sean fuertes y pujantes. Aparte de las grandes naciones militares, Rusia, Alemania, Francia, Inglaterra, otras de menor importancia, como Turquía y Austria-Hungría, hacen en Guerra excelente papel. Hasta Portugal—que después de tanto burlarnos de *O terror dos mares,* hoy posee una Marina superior á la nuestra—se presenta bien en el pabellón de los Ejércitos... Y ahora, un párrafo seco, lo menos adjetivado posible. Suponía yo que España habría expuesto, pero no encontraba la instalación por ninguna parte. Dí dos vueltas á la manzana, y acerté. El envío de España es una cristalera como de tres metros de alto, y en sus tres estantes se acomodan tres roses, doce condecoraciones y quince ó veinte puños de espadas y sables de honor. A derecha é izquierda de la cristalera, dos mapas con los uniformes del ejército español, entre los cuales figuran todavía los que usaban nuestras fuerzas en la isla de Cuba.

.....??

Nada más. ¡Ah! Se me olvidaba. Las condecoraciones y puños de espada que exponemos no son de fabricación española. Ni sombra de comentarios.

XXV

NATURALEZA... CON ARTE

Llueve; los días de lluvia están tristes los demás Palacios, pero los de horticultura se esponjan y refrescan, desperezándose en el húmedo ambiente. Es día de concurso ó certamen de flores—uno de los doce que comprende la Exposición—y acaban de colocar en sus casillas millares de rosas, para disputarse el premio, los grandes *rosistas* de Francia.

He dicho que en esta Exposición están muy equilibrados los elementos de la cultura humana y de la civilización moderna; y como la vida campestre es uno de los ideales del siglo, y á cada paso nos ponemos más en contacto con la Naturaleza benéfica, dulce y reparadora, vamos influyendo en ella, como ella en nosotros. La exhibición de flores y frutos que admiro, es victoria del arte sobre la Naturaleza; es también, en su género, obra artística.

Tanto lugar ocupa en el recinto de la Exposición la jardinería propiamente dicha, que aparte del terreno reservado á las instalaciones y atracciones y el que necesita el público para circular con desahogo, la Exposición es toda ella un jardín, ó serie de jardines primorosamente cuidados, donde crecen las plantas más extrañas y nuevas. De estos jardines, muchos tienen trazas de parque inglés, y verdaderos parques son con sus *pelouses* de hierba avelludada y sus añosos árboles: á este tipo corresponden los del Trocadero, y naturalmente los espaciosos del anexo de Vincennes. Los del campo de Marte han sido diseñados con arreglo al gusto clásico de Francia, esa regularidad y esa grandiosidad que hizo célebres á Le Nôtre y Quintinie: estilo *versallesco*. Los que rodean los Palacios grande y chico y se extienden formando las secciones de Horticultura y Agricultura al aire libre, son mezcla de ambos géneros: el del paisaje natural y el del jardín geométrico y sometido á tijera.

Un dineral han debido de costar estos jardines, merced á los cuales la Exposición, que podía ser erial polvoriento, es un Edén, y á pesar de recibir diariamente en su seno de trescientas á quinientas mil personas, tiene rincones solitarios y apacibles, con sombra, perfumes y pájaros, que bajan alegres y confiados á picar las migajas del panecillo ó de la *brioche*. Todas las plantas son de primera, bien formadas, fuertes; los viveros de la Villa y los de los horticultores suministraron lo mejorcito de sus reservas. Se han trasplantado árboles centenarios, patriarcas ya; no temerían ellos que nadie se atreviese á andarles con las raíces. No son masas uniformes de verdor lo que se ha obtenido hacinando plantaciones: son habilísimos efectos de colorido, por medio de los tonos del follaje, amarillento, rojizo, de un verde manzana ó sombrío, casi negro. Las formas peregrinas de ciertos árboles, piramidales ó colgantes, se han aprovechado para realzar el conjunto. Tablares de flor, regados y renovados incesantemente, recaman, con sus colorines, el campo suave é igual como felpa. Estatuas, surtidores y bonitos estanques lo adornan. Con tanto como hay aquí que admirar, no se quedan atrás los jardines.

A pesar de que profeso antipatía á las construcciones de cristal y hierro, me gustan los palacios estufas de Horticultura y Arboricultura, por su forma, tan en armonía con el objeto que llenan. Cada uno de los inmensos invernaderos mide sesenta metros de longitud y veinticinco de anchura. Las hornacinas salientes que presentan las fachadas les quitan monotonía. Vistos desde la orilla de enfrente, donde se alzan los pabellones de las potencias extranjeras, á la hora en que se pone el sol y comienzan á encenderse las mil iluminaciones con que la Exposición se engalana á diario, reflejadas en el ancha y majestuosa corriente del Sena, surcado por los raudos vaporcillos, los palacios de vidrio centellean con trasparencias acuáticas. Cuando los ilumina la electricidad,

interiormante, con mil globos, parecen grutas submarinas, morada de alguna deidad mitológica.

En el interior, de elevadísimo techo (lo que molesta en las estufas es que son ahogadas y bajas), se han formado platabandas, donde sólo se ve flor, un tapiz de flor encendida y fresca. En las rotondas, palmeras gigantes. Las flores se renuevan incesantemente; cada estación ofrece las suyas, y como por magia, aparecen hoy los crisantelmos, donde ayer deslumbraban con sus tonos vivos las reinas margaritas. El día de la fiesta de la Horticultura, quedaron arrasados los Palacios de cristal. En veinticuatro horas volvieron á cubrirse de flores abiertas, simétricamente puestas; fue un *coup de theâtre*.

Uno de los Palacios, el que acabo de recorrer, el verdaderamente maravilloso, es el francés, donde exponen estos floricultores que cada día producen nuevas variedades y las bautizan y las difunden por el mundo, y estos horticultores de las cercanías de París que cultivan intensivamente, y cuando arriendan un huerto, se llevan en carros la tierra, el *humus*, donde obtienen cosechas triples. Al otro lado, pasado el acuario, que no he visto aún (¡es tanto lo que hay que ver!) el palacio mellizo lo ocupan las naciones, el Japón, Austria, Inglaterra, los Estados Unidos, Alemania, Rusia, los Países Bajos, Italia, Hungría, Mónaco, Bélgica, Méjico. Nosotros en esta sección no estamos representados. ¡A no ser que consideremos representación nuestra las naranjas de Valencia... cultivadas y expuestas por los yankis! Dos columnas altísimas, que revestidas de naranjas parecían dos estelas de oro, me recordaron aquellas de nuestro escudo, las del *Plus Ultra*...

Sin ir tan lejos, con sólo el Palacio de Francia, yo, campesina de afición y algo botánica ya por contagio, pues en la Granja de Meirás siempre se han cultivado esas flores raras que agradaron ahora á la joven princesa de Asturias, tengo bastante para no saber hacia dónde miro y para desear comprarlo todo... si eso pudiese llevarse en el baúl.

Pensando en los bosques primitivos, las desabridas frutillas que da la Naturaleza en nuestras regiones occidentales cuando no la beneficia el cultivo, me paro ante las frutas expuestas, no menos hermosas que las flores. Las uvas son un pasmo. Racimos gigantescos, semejantes á los de la tierra de promisión: sanos, limpios, tersos como si fuesen de cristal ó de cera, y con cada uvaza del tamaño de un huevo de gallina chiquito (no hay en esto exageración alguna, y apelo á todos los que los han contemplado). Colosales también las peras tempranas, las manzanas tempranísimas, las claudias y ciruelas verdes, amarillas y negras, del grueso de melocotones; las grosellas, las pavías, las fresas, los cascabelillos, las frambuesas perfumadas. Lástima no ser del Jurado para probar; porque, ¿qué se sabe de una fruta si no se prueba? ¿Quién las ve así, en platos, al alcance de

la mano, y no siente la tentación de cojerlas y saborearlas? Estoy segura de que, á pesar del orden, de la formalidad y del respeto con que aquí marcha todo, á la tentación habrán cedido muchos. Veo, en los platos, vacíos. Veo niños que devoran con los ojos esas golosinas naturales y deliciosas, y oigo sus frases suplicantes, sus grititos de admiración y codicia. No respondo de la probidad de las madres en caso tal.

¿Qué decir de las hortalizas, berengenas, pimientos, melones, sandías, remolachas, patatas, coliflores, judías y tomates? La enumeración parece asaz vulgar; se diría que estoy vaciando el cesto de la compra... Pero ¡qué asombro de tamaño, color y lozanía! Las berengenas relucen como jaspe; las coles y coliflores están más rizaditas que el pellico de un San Juan; los tomates, coral puro; hay remolachas del color del granate; hay judías y tirabeques que brillan como raso. Es el cuerno de la abundancia derramando sus dones; es el canastillo de Pomona que encierra, además de las pomas, las producciones del huerto de Vertumno, sabrosas y saludables.

En días de concurso, son las rosas el talismán del Palacio. El aroma de tantas, mezclado y confundido en uno solo, hace de la galería vítrea enorme pomo de esencia. Estas exposiciones de rosas cortadas, que al segundo día presentan aspecto triste, lacias y marchitas, son el primero una magia. Y debe decirse, en tributo á la verdad, que á los rosistas franceses

les hacen temible competencia los del ducado de Luxemburgo.

Me entretengo en leer los nombres de las rosas. Cada año aparecen muchas variedades, y las bautizan los rosistas con nombres y apellidos de las notabilidades actuales. Con rosas está escrita la historia del arte, de la guerra, de la política, de la moda. Desde que las tristezas de la emperatriz Josefina se significaron en la pálida rosa, *recuerdo de la Malmaisón,* ¡cuánto dramático destino y cuánto suceso expresado en una flor que dura horas! En las novedades de este año veo la *Alianza franco-rusa,* rosa amarilla; el heroico *Comandante Marchand,* rosa carmín y anaranjada; la *Condesa de Baidi,* amarillo canario; la *Princesa Troubetzkoi;* otra *Francia y Rusia,* rojo carmín; la *dulce reinecita de Holanda* (textual), amarillo narciso brillante; y otras de no tanta actualidad, como la que lleva por título *Estefanía y Rodolfo...* El rosista quiso unir esos dos nombres en una flor, fundir esas dos almas en un perfume... pero el destino se lo opuso, y sólo en el cáliz de la rosa té que estoy mirando se han enlazado tiernamente *Estefanía y Rodolfo.*